

Cuentos del paraíso de las islas 12-19

Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: E-libro: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 24/11/2023
Número de páginas: 17
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

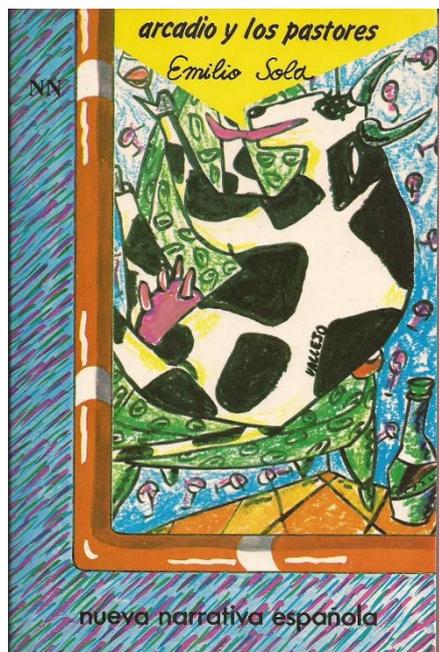
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.org

Cuentos del paraíso de las islas

12

19 Arcadio y los pastores



“Arcadio y los pastores (Novela africana y pastoril)” fue publicado en 1986 por Ediciones Libertarias, una editorial fundada por Antonio Huerga y Charo Fierro, que luego vendieron su fondo a Produfi, con lo que pasó a denominarse Libertarias-Produfi. Su tiempo literario es en torno al año 68 después de la Gran Guerra (GG) y muerte de Juan Bravo (JB), unos 16 años después de la muerte de don Borondón el Antiguo, en la cronología utilizada en el llamado “Paraíso de las islas”, en el que viven los redactores o amanuenses, y nosotros mismos también sin duda. El texto procede, como siempre estos relatos, de la Biblioteca de don Borondón o del Naranjal, y uno de sus personajes es precisamente Fito Naser, quien está ahora al frente de esa casa y biblioteca habitada que fue la casa de don Borondón o del Naranjal, junto con el protagonista principal del relato, incluido en su título, Arcadio, Arcadio el hijo de Ulrica.

En el Archivo de la frontera hay una primera edición digital de 2015, que puede consultarse aquí:

<http://www.archivodelafrontera.com/e-libros/arcadio-y-los-pastores-novela-africana-y-pastoril/>

La presente edición se hará en 21 fragmentos, tal vez 22 en total, para hacerlos breves en esta segunda edición digital, ocho años después de la primera, para que resulten más legibles:

12-00, 12-01, 12-02, 12-03, 12-04, 12-05, 12-06, 12-07, Segunda parte: 12-08, 12-09, 12-10, 12-11, 12-12, 12-13, 12-14, Tercera parte: 12-15, 12-16, 12-17, 12-18, 12-19, 12-20, 12-21

He aquí el índice del relato, según la edición en papel de 1986:

INDICE

PRIMERA PARTE

1. Simón el Mago y la Casa despertador de pájaros. 9
2. Conversaciones de Simón el Mago y Sidi Abdelhakim Bushacor sobre el padre del cuchillo 13
3. Las leyendas de Hamam Masjutín, el baño de los maldecidos, y la fiesta de la flor y de la pintura de Suk Ahrás. 22
4. El grupo del valle del Mago 32
5. La compañía de Leila Naser en Guelma y los amores de Leila V y Estambuli Entrambosaires 40
6. Leila Naser madre, IV para entendernos, Leila hija y Estambuli charlan sobre el pasado. 50
7. Filis, Yeni y el grupo del valle del Mago 61

SEGUNDA PARTE

Introducción del amanuense con homenaje a un viejo amanuense, ex-agobiado, desaparecido

1. La vida en el valle del Mago, con el cambio de amanuense en el relato y la historia de Claudia Auani y Flora Abenza . . . 75
2. Don Fion y Claudia Auani en el calvero del perro y de la cabritilla 87
3. La compañía de Leila Naser en el valle del Mago 97
4. Los rebaños de la trashumancia en el valle del Mago, con la historia de Catalina Ivanova, la niña meada por los perros . . . 106
5. La breve experiencia de trashumancia de Leila Naser V, con una interpolación amplia del amanuense segundo de este relato 114
6. Los amores de Alí Hamuín y Claudia Auani, con la preñez de ésta y su abandono del valle del Mago 124
7. El dramático llamamiento del demógrafo Paulov 134

TERCERA PARTE

Introducción del segundo amanuense, con nuevo homenaje al amanuense ex-agobiado

1. Historia de Yosín y respuesta de la gente al llamado de Cristino Paulov.	145
2. Los niños de mayo. La Coronela en el valle del Mago y primera infancia de Arcadia Copruku	150
3. Disgresiones del amanuense sobre la dinastía de las Leilas Naser	166
4. Sobre Olga Marruz y sobre el tercer año de la experiencia simoniana, con los preparativos primeros para la Universidad ganadera de Hamam Masjutín	177
5. Muerte de Sidi Abdelhakim Bushacor y abandono de Arcadio del valle del Mago. Algunas consideraciones sobre la toma de Casentina	187
6. El viaje de Arcadio por el paraíso de las islas, mensajero o embajador de la "Arcadia feliz", y susto a su regreso a Guelma	199
7. Arcadio en la toma de Casentina, con la fiesta de la matanza del cerdo y del cordero, accidente de Arcadio y preparativo final del viaje con Fito Naser fuera de la Arcadia.	210
Dedicatoria y Final	223

de ganado que enviar a esos puntos sin que se dañara la vitalidad del rebaño. En las altas mesetas aquel verano se habló muchísimo de geografía, una especie de mapa invisible unía a todas las cabañas trashumantes y cada rabadán y cada zagal hablaba de aquel pueblo lejano como si del suyo se tratara. Estaba naciendo otra costa, límite o frontera a franquear. Pero estamos en el albor de otra pequeña epopeya que otro amanuense debe narrar.

5.— La fiesta de la flor y de la pintura de Suk-Ahrás, celebrada cada dos años, verdadera bienal internacional a la que los grupos de cavernícolas de la costa dálmata prestaban especial atención, se había celebrado como siempre a finales de mayo y coincidiendo con la movida de los niños de mayo y con el lanzamiento de las obras de las cañadas reales hacia el valle de la fuente de la Estrella o valle del Mago. Era inevitable el protagonismo de aquel naciente paraíso en la fiesta de aquel año y, de alguna manera, todo aquel espacio amplio en el que se desarrollaba la renacida trashumancia, las obras de las cañadas, la resedentarización de manadas salvajes y la revitalización de Guelma y Hamam Masjutín, y hasta la costa, fue alcanzado por la fiesta de la flor y de la pintura de Suk-Ahrás. El tema casi obsesivo de aquel año, podría decirse casi monográfico, giró en torno a una “Arcadia feliz”. En la mayoría de los grandes paneles pintados con que se engalanó la ciudad estaba presente el tema del pastoreo, y de las manifestaciones artísticas de aquella bienal una de las que más interesó a la mayoría fue la muestra muy amplia de carros y carrozas de tiro, de tracción animal —para asnos, mulos, caballos o bueyes—, totalmente pintados según la tradición siciliana y de islas adyacentes, una verdadera sinfonía de color y formas que enlazaba el gusto clásico más antiguo con las últimas tendencias pictóricas; uno de aquellos carros, “el carro de Saturno”, minuciosamente trabajado con aerógrafo, reproducía con fidelidad toda la gama de colores que

la última expedición científica a aquel lejano planeta había enviado a la tierra, utilizando incluso pinturas únicamente utilizadas hasta el momento por la industria aeronáutica; la muestra, en el jardín de sauces, cipreses y palmeras orgullo de la ciudad, fue muy solicitada y se pasaría cinco años luego recorriendo el mundo. Pero fue el trabajo de los diversos grupos de cavernícolas el que centró la atención y el interés de los asistentes a aquella bienal. Desde que Simón el Mago y el pintor Fued Mustafa se entrevistaran en la bienal anterior, entrevista de la que salió el boceto base para la casa despertador de pájaros y la oferta de colaboración incondicional de los cavernícolas, había habido viajes de información y de estudio entre la casa despertador de pájaros y las comunidades de cavernícolas; Yeni y Filis, por su parte, habían hecho llegar a aquellos todos sus proyectos y estudios, de suerte que en la costa dálmata estaban perfectamente informados de lo que se fraguaba en las altas montañas del sur; trajes, objetos, decoración de interiores, paneles informativos, decenas de modelos de módulos fijos o móviles para apriscos, cañadas y refugios, embellecimiento de entornos de cañadas reales o principales y de entornos de intersticios o lugares claves en las rutas de nomadeo, un maremagnum de bocetos, maquetas y objetos terminados y hasta diseños industriales de nuevas máquinas y herramientas adaptadas a las peculiaridades del nuevo paraíso naciente —de la Arcadia, como ellos comenzaron a denominarlo sin más— fue el frueso de la aportación de las comunidades cavernícolas a aquella bienal de Suk-Ahrás. Aunque mucha gente se desplazó a la ciudad para participar de las fiestas y visitar la muestra, el problema de las parturientas de mayo y la acumulación excesiva de tareas en la población masculina hizo que otros muchos no pudieran desplazarse; los cavernícolas, tras la muestra, cargaron con todo el material y recorrieron con las caravanas a rebosar de sorpresas y de prodigios todo el área de obras y nomadeo, trashumantes entre los trashumantes, de manera que todos pudieran disfrutar del fruto de su trabajo y de la marcha y fiesta que su presencia significaba. Y a la primavera siguiente repitieron

ron la gira. Entre ellos y la compañía de Leila Naser mantuvieron la animación de la zona en cotas altas difíciles de olvidar. Pero fue en la bienal del año 70 en donde quedó claro que la Arcadia era una hermosa realidad, un nuevo paraíso, y que tendía a expandirse como modelo logrado.

En la bienal de Suk-Ahrás del año 70 se había mostrado todo un derroche de ideas en torno a la universidad ganadera de Hamam Masjutín y de los proyectos de alcantarijado, saneamiento integral y reconstrucción de Casentina, además de las secciones clásicas normales de aquella magna exposición; todo el diseño gráfico y las ilustraciones de todo lo que la universidad ganadera publicaría en el futuro salieron de allí, por ejemplo, así como el proyecto definitivo que habían de aprobar las autoridades casentinesas y que iba a ser la piedra de toque de lo que se llamó “la toma de Casentina”, último gran trabajo en la zona de Fito Naser como programador. Pero la atracción máxima fue precisamente la “Arcadia feliz”: pintura, fotografía, grabaciones y filmaciones que, en algunos aspectos técnicos, se convirtieron en clásicas y en modelo de elaboración de informes para mensajeros y embajadores. Una colección de treinta vídeos de minuto y medio sobre treinta canciones de Olga Marruz, por ejemplo, fue considerado como “un libro de poemas” en imágenes y creó todo un género de expresión artístico-literaria. Las filmaciones y muestra fotográfica eran de una gran amplitud y minuciosidad; tanto se podía ver en ellas los planos generales y en detalle de los estudios de Yeni y Filis, como a éstas en el tablero de la casa despertador de pájaros, o preparando un desayuno para el grupo o efectuando mediciones topográficas, o amantando a sus niños el verano anterior; igualmente, a Imanol Tolosa y a Catalina Ivanova en faenas de ordeño, o la ducha vespertina de Imanol desnudo con Catalina a la manguera muerta de risa; o a Estambuli Entrambosaires tomando muestras de flora, o a Arcadio con su niña Arcadia Coprulu al trote de la yegüilla Blanca... La serie de Simón el Mago y la novilla Neyma o Estrella, y la serie de árboles más representativos de la región —la acacia-abuelo, el soli-

tario y único almendro, el más frondoso pino— despertaron auténtico entusiasmo en sectores amplios de los visitantes.

Simón el Mago, recién cumplidos los sesenta, su figura de anciano gigante barbudo y bronceado ya definida como tantos recordamos, instalado en Hamam Musjatín desde el otoño anterior, quiso visitar la muestra y convenció a Abdelhakim Bushacor para abandonar su retiro en el balneario y que le acompañara; más de veinte años más viejo que Simón, Bushacor se mostró reticente a emprender aquel viaje que, aunque corto, intuía que había de ser uno de los postreros viajes. Yosín quiso acompañarles, así como Arcadio, a la sazón allí con encargos de abastecimientos y para visitar a los niños, a su niña Arcadia Coprulu en particular. Yosín hizo de chófer del que juzgó más cómodo de los vehículos del parque móvil guelmés —una camioneta de gran capacidad con amplio interior en el que se podían desplegar tableros-mesa para trabajo o reunión o charla y con confortables asientos a modo de sillones o sofá— y realizó el trayecto a corta velocidad, sin prisas, toda una mañana echó para recorrer el amplio llano con colinas de triguales, olivos diseminados, bosques de fondo y descenso final serrano hacia Suk-Ahrás; el anciano Sidi Abdelhakim parecía no querer perderse el más mínimo detalle del paisaje exterior y, en ocasiones, rogaba a Yosín que detuviera el vehículo y pasaba algunos minutos contemplando extasiado alguna loma o algún otro accidente del terreno; en otros momentos, como si la fatiga le venciera, recostaba la cabeza en el hombro de Arcadio, a su lado obsequioso y ufano de atender a aquel viejo al que tanto amaba desde su niñez. Simón recordaría aquel viaje con el anciano Bushacor más tarde, su debilidad física y cómo el mapa, que él decía, de cicatrices de su frente despejada y abovedada parecía desdibujarse hasta casi desaparecer algunos días. “Era como si en ocasiones regresara a la infancia —diría el Mago más tarde—. A pesar del paso de los años, su reacción ante la vida y ante los otros seguía siendo la misma: perplejidad”. La llegada del vehículo a Suk-Ahrás fue jaleada y aplaudida

por las gentes de la ciudad y los numerosos visitantes que reconocían en su interior a algunos de los artífices del nuevo paraíso. Tras la frugal comida y un tiempo de descanso, condujeron a Simón y a Sidi Abdelhakim, con sus acompañantes, a la casa del jardín de palmeras, sauces llorones y cipreses en donde se había instalado la muestra “Arcadia feliz”; les pasaron las filmaciones más representativas, los treinta vídeos sobre canciones de la Olga Marruz, algunas grabaciones y pasearon las salas de planos, objetos y fotografías. Sidi Abdelhakim estaba encantado, la sonrisa no se apartó de su rostro en todo el recorrido, mudo y atento a las explicaciones de Simón y alguna ocasional de Arcadio. Una gran foto de éste, con su niña Arcadia Coprulu y la yegüa Blanca, los tres mirando al objetivo con fijeza, su mirada clavada en el espectador que los mirara, atrajo la atención del anciano Bushakor; buscó las manos de Arcadio y Simón el Mago y las apretó con fuerza; a pesar de su sonrisa el viejo parecía llorar. Todos se sintieron afectados. En el aire las palabras de un bolero de la Marruz sonaron con extraña precisión ante el mágico silencio —como si pasara un ángel, que decían—, general silencio emocionado. Cantaba la Marruz: “Eran / sus últimos recuerdos / de las gentes con las que había sido / tantos años feliz... / Eran / sus últimos paseos / por la ciudad en la que había sido / tantos años / tan feliz...” El mapa de cicatrices de la frente de Sidi Abdelhakim Bushakor se tiñó de rojo intenso, sus manos apretaron aún más las del viejo Simón y el joven Arcadio hasta casi hacerles daño y Yosín, que comprendió que el anciano se iba a desplomar de un momento a otro, le sostuvo por las axilas por detrás. Trasladaron entre todos al viejo desvanecido a un lugar más confortable y, cuando le juzgaron ya recuperado como para el viaje de vuelta —él había insistido en un momento de lucidez que le llevaran a su casa de Hamam Musjatín—, Yosín al volante, le recondujeron al balneario. Arcadio no se había apartado de Sidi Abdelhakim durante toda su indisposición y se le notaba muy afectado. Durante una semana, en la que Arcadio organizó todo para sin apartarse del anciano realizar los encargos pa-

ra el valle del Mago, Sidi Abdelhakim estuvo en estado próximo a la catatonia, como insensible a lo que ocurría a su alrededor; en ocasiones musitaba palabras que Arcadio recogía como mensajes de alguna manera cifrados y a desentrañar; en una ocasión oyó decir al viejo, sus ojos cerrados, “aquello está en marcha: sólo se necesita tiempo, recursos, paciencia y buena salud”; en otra ocasión: “Quiero tener mi casa abierta... allí donde la vida... de par en par la luz entrando a todo...”, palabras que a Arcadio emocionaron sobremanera. Simón el Mago procuraba pasar todo el tiempo del día que le permitía la universidad ganadera en la casa en donde el viejo masajista parecía naufragar en un mar tormentoso y oscuro, como en noche poblada por los fantasmas de sus recuerdos desdibujados, como a medio camino entre la existencia real y la desaparición definitiva o final. Una noche, la semana siguiente a la clausura de las exposiciones de la bienal de la flor y de la pintura de Suk-Ahrás, Guelma y Hamam Masjutín convertidos en una fiesta con la presencia de grupos de cavernícolas de paso con sus caravanas hacia las regiones de nomadeo, el viejo Bushakor pidió a Arcadio que le bajaran al hamam del balneario; no tenía fiebre, parecía haber recuperado la lucidez y le explicó al chico que se sentía sucio; Simón el Mago y Yosín, avisados por Arcadio, así como el médico que atendía al anciano, no encontraron ningún inconveniente en ello y acompañaron a Sidi Abdelhakim al que sería su último baño; en la sala de vapor menos caliente, ya vacía a aquellas altas horas de la noche, entre los cuatro lavaron al viejo, sedado y sonriente en aquella cálida atmósfera, y charlaban apacibles tendidos en el suelo de cerámica rojiza cuando Arcadio se alarmó ante la inmovilidad del anciano; tendido allí, la nuca en el muslo del chaval, los ojos semicerrados, las manos entrelazadas sobre el pecho desnudo y flaco, Sidi Abdelhakim Bushacor había dejado de respirar; las cicatrices de su frente empalidecidas, como su rostro todo, apenas dibujaban lo que él denominara el mapa de sus viajes. Lo enterraron en el jardín de la casa del balneario, la cabeza hacia oriente y los pies hacia poniente, y Arcadio

no pudo evitar llorar por él. Después del entierro le dijo a Fito Naser que deseaba viajar fuera de la región, pasar un tiempo lejos, y convinieron en que a su vuelta del valle del Mago Fito le tendría preparado itinerario como mensajero, así como un montaje sobre la “Arcadia feliz” lo más completo posible de material gráfico, grabaciones y filmaciones.

El último viaje al valle del Mago lo hizo con un grupo de cavernícolas, caravana de tres vehículos y siete personas, cuatro hombres y tres chicas, a la que sumó el camioncito que había traído para el transporte de los encargos; poco antes de llegar al valle se les unió la Coronela, con Tania al volante acompañada por Estambuli, y aquella noche cenaron todos en el bosquecillo, jardín de la casa despertador de pájaros. A pesar de que la noticia de que Arcadio dejaba el valle dejó al grupo un punto triste, los cavernícolas amenizaron la velada con la exhibición de sus creaciones del último invierno, pantomimas y música. Desde que Simón el Mago y Yosín se trasladaran a Guelma para la puesta en marcha de la universidad ganadera, Don Fion había quedado al frente del grupo de la casa despertador de pájaros, con Imanol, Ali, Catalina, Estambuli, Nica y Arcadio; Yeni y Filis iban y venían con frecuencia, lo mismo que Tania con la Coronela, que había fijado en el valle de la fuente de la Estrella o valle del Mago el centro de sus desplazamientos; un idilio de la chica con Estambuli Entrambosaires era novedad para Arcadio.

—Sidi Abdelhakim murió, por lo que nos has contado, Arcadio, tal como había vivido: relajado y sonriente —comentó Don Fion, cuando Arcadio terminara de narrar los últimos días de la vida del anciano masajista, y siguió un silencio general y palpitante de emoción; a Catalina Ivanova, abrazada a la cintura de un Imanol sentado a la turca, le rodaban lagrimones mejilla abajo, lo mismo que a Arcadio; Ali Hamuín, su morenez rozando el negro ya, los ojos muy abiertos. Una pareja de cavernícolas inició una nueva pantomima y la gente comenzó poco a poco a sonreír de nuevo.

Siempre le ha costado a este amanuense terminar un relato, no sabe bien por qué, tal vez la recta final es la de las desventuras al menos en apariencia, o allí donde se cuele la inevitable presencia de la muerte con más intensidad. El caso es que casi siempre le sucede eso: torpeza o desganar zapan las últimas páginas y no sabe bien si es él solo el que se aburre o el hecho mismo de que se aburra él redundará —sería lo lógico— en el aburrimiento de los que luego vayan a leer el texto; peligrosa espiral la del aburrimiento, uno de los pocos demonios admitidos entre la gente del paraíso de las islas, nosotros. Fue el caso, pues —debo seguir, debo terminar—, que Arcadio preparó su regreso a Guelma con presteza y con la ayuda de todos; Ali Hamuín quedó al cargo de la yeguada y le prometió al muchacho mimar en especial a la yegüita Blanca.

—Tu Blanca, Arcadio —le dijo una tarde Don Fion— será una de las tres yeguas que viaje al norte dentro de un año para intercambio con otras cuadras —y Arcadio le miró no sabía si con alegría o alarma—. Con la novilla Neyma, que ya está en la universidad ganadera con Simón. Te tendré bien informado de su destino final.

En ello quedaron. La noche de la despedida, la luna en su noche catorce, hermosísima, Arcadio y Nica la pasaron en la jaima bonita la coqueta; sabían que pasaría mucho tiempo antes de que se volvieran a ver y no pudieron evitar el llanto en la despedida, a la mañana siguiente. Tania y Estambuli, en la Coronela, acompañaron a Arcadio hasta Guelma; en la escuálida bolsa de equipaje personal del chaval la antigua almohaza o rascador que le regalara Yosín, el último juguete de madera que fabricara para su niña Arcadia Coprulu, una vez más un caballito-yegua Blanca, con un muñequito-jinete y una muñequita-niña chica desmontables, y las primeras páginas del cuaderno que, años atrás, iniciara con Estambuli Entrambosaires en Hamam Masjutín. Estambuli y Arcadio se saludaron muy serios a la puerta de la casa de Guelma en la que Fito Naser había organizado la terminal de datos, Tania de mudo testigo.

—Me acordaré mucho de ti.

—Y yo de ti, Estambuli. Eres mi primer y mejor amigo.

Se abrazaron y Arcadio entró rápido en la casa, harto ya de sus primeras despedidas, tantas en tan corto tiempo, tan poco distanciadas unas de otras, tan nueva sensación e intuición de que aquello era algo que muchas veces en su vida había de repetir, algo repetido y repetible, qué... Fito Naser le recibió, amable como siempre.

—Aquí tienes tu itinerario; éste es el programa; aquel baúl de la esquina, el material. Estúdialo un rato y dime qué te parece.

En la sala había una chica de hermosísimos ojos negros y piel canela que Fito le presentó; era casentina y con ella iba a hacer el primer tramo del viaje, a la casa-jaima de Zeralda, desde donde luego iniciaría cada uno su propio itinerario; iba de mensajera también, embajadora del proyecto que estaban ultimando para la ciudad de Casentina.

Arcadio conocía Casentina, la gran ciudad más próxima a Guelma, la ciudad de los innumerables puentes y el gran desfiladero, desde algunos ángulos diríase construída con la ayuda de las águilas. Conocía también a no pocos casentineses, gente amable; aquella ciudad, en el centro de una rica región agrícola, era abastecida desde hacía muchos años con productos procedentes de diversos lugares del paraíso de las islas y en más de una ocasión había solicitado servicios concretos de los grupos; pero a pesar de ese conocimiento mutuo, la ciudad se mostraba impenetrable, de alguna manera, en su ritmo de vida cotidiana, a la influencia de la chavalería viajera; los hijos del agobio, por ejemplo, gustaban de visitar periódicamente la ciudad en viajes relámpago de raptó o captación de agobiados —que la propia dinámica de la ciudad producía en abundancia, “casi como hongos, como setas en el bosque tras la lluvia”, como había dicho un famoso agobiado de Esmirna cuando se enteró de la toma de la ciudad y de que, por lo tanto, ya no necesitaba de sus visitas—, principalmente entre las gentes menos favorecidas por la bastante estricta organización de la sociedad casentina en estratos económicamente muy desiguales; lo normal. La toma de Casentina

fue sin duda uno de los acontecimientos mejor planeados y más deseados por los grupos del paraíso de las islas, y particularmente por los propios digamos comuneros casentineses. Porque había infinidad de casentineses —y sobre todo casentinesa, que se dejaban ver más, ¡oh, su extrema belleza!, y sobre todo oír— repartidos por toda la costa y las islas. Aquel paisaje a la vez abrupto y delicado lo llevaban en el corazón como un tatuaje ancestral con el que hubieran nacido, pero doliente aún como recién hecho.

Y contó con la colaboración excepcional de Fito Naser, el gran programador. La toma de una ciudad tenía toda una estrategia; divertida y encantadora, pero sesuda y meditada... Hubo algunas, memorables, que bien podía decirse que se inició su toma por las alcantarillas. Es sencillo de explicar. Entre los más duros trabajos en el mantenimiento de una ciudad estaban, sin duda, los de atención al alcantarillado; y ahí fue donde comenzó a faltar el personal estandar con la crisis del obrerismo, cuando el paraíso de las islas comenzaba a caminar. Algunas ciudades se ponían en contacto con los centros claves del paraíso de las islas y ofrecían, sin más, esa contrata problemática. En la medida de lo posible, todas eran, a más o menos largo plazo, aceptadas. Y eran esas “gentes de las alcantarillas” las puntas de lanza, o los abanderados por mejor expresión, de aquel maremagnum que se les avecinaba a los habitantes de la ciudad. Pero no me quiero extender en este tema por ser —lo sé, creo que se titulará “la toma de Marsella”— ampliamente abordado por otro colega amanuense.

La toma de Casentina fue una de esas memorables en la que los grupos comenzaron a entrar en la ciudad por las obras en las conducciones de agua y en las alcantarillas, pues nunca hasta el inicio de estas obras, de larga duración, los grupos habían podido estar en contacto prolongado con la ciudad e influir en su vida cotidiana. Mensajeros de Sicilia, Malta y Túnez habían insistido durante años con planes amplios y asequibles de saneamiento de la ciudad, con todo lujo de planos y maquetas, que, al fin, convencieron a las autoridades locales y regionales. Convinieron en

que, en las cercanías de la ciudad, se instalarían centros de producción para luego abastecer a ciudades y pueblos, hasta a los más pequeños, en planes similares de saneamiento integral. El día que se firmaron los acuerdos fue fiesta en la generalidad de los lugares en los que había grupos interesados por Casentina, aquellos en los que casentineses y casentinesas estaban presentes y con ellos la leyenda de la impenetrabilidad de la ciudad. La colaboración de grupos —aunque cada vez más residuales, aún quedaban, pero intermedio para, sosegador de temperamentos violentos— ramadaneros fue importante; estaba orgullosa Casentina de ser uno de los centros clásicos de toda la antigua Berbería en donde se habían conservado las tradiciones culturales y religiosas antiguas con mayor pureza. Y eso, que en principio podía parecer entorpecedor, no lo era en absoluto porque había formado a un tipo medio de individuo respetuoso con los otros —propenso a la solidaridad, por lo tanto— y culturalmente avanzado; sólo el tema de la contradicción tolerancia/dogmatismo —necesitados de una alternativa atrayente para inclinarse hacia la tolerancia y luego abrirse a la solidaridad simple y total— podía quedar en pie como provisional obstáculo. No era grave; era asunto muy conocido y experimentado en otros lugares del paraíso de las islas. La gente recordó la toma de Toledo, en España, y la más compleja de El Qods.

Fue Fito Naser quien le contó a este amanuense todo ésto que él ahora comenta, como conocedor a fondo que era de este episodio por haber sido su último trabajo ambicioso de programación en Guelma, antes de volver a su casa de origen, la casa del naranjal. Y aunque este episodio se aparta un tanto de lo que este amanuense tiene encargado relatar, no he querido pasar por alto sobre él por dos razones bien concretas; la una, la colaboración de Fito Naser, protagonista también de la que llamamos Arcadia, y la otra la proximidad geográfica de Casentina/Guelma/valle del Mago/nueva Arcadia feliz. Y quiero cerrar el tema con una hermosa reflexión de Fito Naser, sin duda fraguada en su cabeza en esta época en la que Arcadio dejó el va-

lle del Mago y Fito ultimaba el programa de la toma de Casentina, pero que a este amanuense le contó el propio Fito años después, en la casa del naranjal.

—La afición a los viajes y a charlar de viajes siempre ha sido un gran aliado de los grupos. Y en Casentina era toda una tradición fuertemente arraigada en la gente, y en todas las edades; unos, los más jóvenes, soñaban con el viaje y lo planeaban con mimo; otros, los que ya habían viajado, narraban sus experiencias como maestro que formara iniciados a un hermoso misterio, en el fondo el de la vida; y otros, los viejos, narraban los suyos y añoraban su edad de oro... Otros había que no hablaban de viajes; pero estas gentes, aunque muy influyentes en el gobierno de la ciudad, eran de hecho minoría; me explico: quienes no narraban el suyo porque no lo habían hecho —pobreza, marginación total o simplicidad de espíritu— y gustaban de escuchar los ajenos, se inventaban su propio viaje, casi angélico podría decirse, y no están incluidos en este apartado al que me refiero. Entre éstos, precisamente, realizaban los agobiados muchos de sus raptos, pues con ellos se sentían muy identificados por sus carencias materiales o psíquicas, y sin que la ciudad se alarmara demasiado por ello. Pensaba, cuando me refería a los que no hablaban de viajes, en los que guardaban el suyo como un secreto a no comunicar a otros, como una ventaja personal, como misterio de fundación de un prestigio que sólo los ignorantes o pobres de espíritu valoraban; por rara —o no rara, según se mire— casualidad, eran ellos — ¡rectores de la ciudad!— los que sí hablaban del viaje definitivo, de la muerte, de paraísos de ultratumba y de esta vida como lugar de purificación, tierra y tiempo de lágrimas. En definitiva —había concluído Fito Naser—, la chavalería casentinesa buscaba fórmulas para viajar, fórmulas que sus rectores les ocultaban, o les daban inaccesibles para la generalidad —dinero, suerte, belleza, dinero, dinero...—, y los grupos del paraíso de las islas sí eran capaces de proponerles la fórmula: integrarse en su marcha viajera programada. Ese fue uno de los

secretos, como siempre y en casi todas partes, del éxito de la toma de la ciudad.

El inicio de lo que se llamó la toma de Casentina —y este amanuense aprovecha para aclarar que Casentina es el nombre más usado en la región para denominar a esa hermosa ciudad que en el norte siguen llamando Constantina—, el año 70 del paraíso de las islas, coincide con el largo periplo de Arcadio, el hijo de Ulrica, por las islas y la costa.

6.—Podría decirse que el viaje de Arcadio es el inicio de su edad adulta, más que la paternidad misma —que tan en lo hondo le afectara, como la muerte de Bushakor— o que su trabajo en el valle del Mago. Y este amanuense lo cree así, aunque su edad adulta se truncara en el momento mismo de iniciarse, porque tras el viaje Arcadio intuía más o menos vagamente dónde estaba el lugar en el que deseaba asentarse, cual quería que fuera su futura función. Conoció y le conocieron innumerables gentes, visitó y habitó un sin fin de lugares y casas, algunas de ellas protagonistas de historias que había escuchado o de filmaciones vistas, en todas partes su relato sobre la “Arcadia feliz” del valle del Mago y las altas mesetas al sur despertaba gran interés y Fito le había de decir a su regreso a Guelma, un año después, que a medida que progresaba su periplo aumentaban las demandas para ensayar la trashumancia y tenía que rectificar y ampliar programas de continuo. Entre la “Arcadia feliz” y la “toma de Casentina”, todo aquel año y el siguiente, hicieron que se pusiera de moda la zona oriental de la antigua Berbería y que verdaderas multitudes se desplazaran temporalmente hacia aquellos parajes. Para Arcadio la campaña fue un verdadero “viaje de conocimiento y de contactos”, como gustaba decir Juan Bravo, más que “viaje de huída”, aunque un puntín de éste podía tener a causa de la tristeza tras la muerte de Bushakor. De la casa-jaima de Zeralda, en donde permaneció una semana el chico con la muchacha casentinesa, pasó Arcadio a los oasis del sur y zona de la gran muralla verde, desde donde volvió a la cos-